
*Apuntes de
Literatura Española
[2º de Bachillerato]*

*Tema 4.
La novela
española
en el siglo
XX
(1940-
2000)*

*Fernando Boj Corral
I.E.S. Pablo Serrano
(Zaragoza)*

LA NOVELA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XX: 1940-2000

1. La novela de los exiliados.
2. La novela de posguerra: Las novelas inaugurales de los años 40 (Cela, Laforet, Delibes).
3. El realismo social en algunas novelas de los años 50: Temas. Técnicas y estilo. Títulos emblemáticos (*La colmena*, de Cela; *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio).
4. La renovación de la novela en los años sesenta: Procedimientos narrativos. Algunos nombres: Luis Martín-Santos y *Tiempo de silencio*. Juan Marsé. Juan Goytisolo.
5. La novela desde 1975 hasta final de siglo (y nuestros días).
6. Un novelista atraviesa el siglo: Miguel Delibes. La visión crítica de la realidad. El espacio rural y otros espacios. El estilo. La evolución novelística (desde *La sombra del ciprés es alargada* hasta *El hereje*).
[En los apuntes sobre *Los santos inocentes*]

1.- LA NOVELA DE LOS EXILIADOS

Tras la Guerra Civil un nutrido grupo de novelistas marchó al exilio: Max Aub, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Ramón J. Sender,...Habían publicado ya novelas antes de 1936 inscritas o en la vanguardia o en la novela social. Después de la guerra evolucionarán tanto en los gustos temáticos como en los expresivos. Sus novelas no serán publicadas en España hasta pasados muchos años. Sólo llegarán a un público español muy reducido a través de ediciones mexicanas o argentinas.

Los temas más recurrentes en estas novelas son los siguientes:

- El drama de la guerra civil y la experiencia del exilio.
- La rememoración de los años previos a la guerra (años veinte y treinta).
- Críticas al régimen franquista.
- Novelas históricas ambientadas en diferentes periodos.
- Novelas sobre Hispanoamérica, lugar que acogió a muchos de estos novelistas.

Estéticamente la mayoría de estas novelas del exilio son obras realistas presididas por una preocupación estilística notable. En cuanto a los enfoques y los tonos son muy variados: caben la reflexión, la ironía, el intelectualismo o la crítica.

La producción novelística en el exilio es abundante en los años cuarenta y cincuenta. Max Aub, Francisco Ayala o Ramón J. Sender son algunos de los autores más prolíficos. Otros como Arturo Barea o Manuel Andújar se suman a la creación novelística ya en el exilio.

Max Aub escribe en el exilio sus más importantes obras. Destaca la serie de seis novelas agrupadas bajo el título de *El laberinto mágico* que le sirven para indagar en el origen de la guerra civil, en su desarrollo y en el exilio. Debe reseñarse la importancia de los personajes secundarios y los diálogos.

Otras novelas de este autor que rememoran los tiempos anteriores a la guerra civil son *Las buenas intenciones* y *La calle de Valverde*. Son obras realistas, de gran capacidad narrativa y con toques de ironía.

En *Jusep Torres Campanals* escribe la biografía de un inexistente pintor vanguardista que le sirve para reflexionar acerca del papel del arte contemporáneo.

Francisco Ayala, además de por sus libros de cuentos, sus memorias y sus ensayos, destaca por dos novelas ambientadas en un espacio imaginario

de Hispanoamérica: *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*. Ambas son una reflexión sobre el poder y la violencia y sus secuelas de degradación y corrupción. En toda su obra se aprecia una preocupación estilística notable.

Rosa Chacel escribe, entre otras obras, *Memorias de Leticia Valle*, sobre el despertar erótico de una joven, y *La sinrazón*, novelas de carácter ensayístico e intelectual.

Ramón J. Sender escribe más cincuentas novelas en el exilio. Abarcan una gran variedad temática y formal. Es autor de novelas históricas (*La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*), de novelas sobre la guerra civil (la magistral *Réquiem por un campesino español*), de novelas ambientadas en Hispanoamérica (*Epitalamio del prieto Trinidad*) y de la serie de novelas autobiográficas *Crónica del alba*.

Arturo Barea empezó a escribir durante la guerra. Es autor de la trilogía *La forja de un rebelde* en la que narra su infancia y juventud en Madrid, su participación en la guerra de Marruecos y sus vivencias en la guerra civil y su exilio a Inglaterra. Su estilo directo recrea la historia de una manera muy viva e intensa.

Otros novelistas exiliados notables en cuanto a su producción son Manuel Andújar, Segundo Serrano Poncela, María Teresa León o Rafael Dieste.

2.- LA NOVELA DE POSGUERRA: LAS NOVELAS INAUGURALES DE LOS AÑOS 40 (CELA, LAFORET, DELIBES).

La producción literaria de los primeros años de posguerra va a estar fuertemente marcada por el contexto político y cultural: desastres de la guerra, dictadura, nacional-catolicismo como única ideología del régimen, censura,.... Estéticamente, durante la década de los cuarenta, se abandonan las tendencias narrativas seguidas en los años veinte y treinta.

En esta década se van a dar a conocer Camilo José Cela (*La familia de Pascual Duarte*, 1942), Carmen Laforet (*Nada*, 1945), Gonzalo Torrente Ballester (*Javier Mariño*, 1943), Miguel Delibes (*La sombra del ciprés es alargada*, 1947), José María Gironella (*Un hombre*, 1946), Ana María Matute (*Los Abel*, 1948) y Darío Fernández Flórez (*Lola, espejo oscuro*, 1950). Son autores que han vivido la guerra civil y en muchos casos han participado en ella.

Las novelas publicadas en estos años se adscriben en general a dos tendencias: la «novela triunfalista» y la «novela existencial» (línea dominante en este periodo para Gonzalo Sobejano).

La **novela triunfalista**, de clara orientación ideológica (falangismo, moralismo conservador, catolicismo,...), defiende los valores tradicionales (Dios, Patria, Familia) y justifica la guerra civil y sus consecuencias, culpando de las mismas al bando perdedor. En estas novelas los personajes son analizados según su carácter y comportamiento o funcionan como símbolos de ideas o conflictos. Entre los autores que cultivan este tipo de novelas están: Rafael Sánchez Mazas, Rafael García Serrano, Agustín de Foxá, Juan Antonio de Zunzunegui o Ignacio Agustí.

La **novela de corte existencial** se centra temáticamente en la incertidumbre de los destinos humanos (desasosiego, soledad, desarraigo, muerte) y en la ausencia o dificultad de comunicación personal (inadaptación, frustración).

Los personajes son unas veces oprimidos o violentos, otras son personajes indecisos que se debaten en el conflicto y la duda, muy diferentes de los héroes idealizados de la novela triunfalista. Son presentados en situaciones de máxima tensión y extremo límite: en el vacío, la repetición y la náusea, en la culpa, el sufrimiento y el combate o ante la inminencia de la muerte.

Estas son novelas de corte realista, en las que destaca la aparición de un narrador en primera persona que rememora el tiempo pasado (narradores-

protagonistas son Pascual Duarte, un condenado a muerte; Lola, una prostituta; Pedro, el protagonista de la novela de Delibes, es un hombre atormentado y complejo; o Andrea, la protagonista de *Nada*, una estudiante angustiada y desorientada). Son la expresión de y el reflejo amargo de la vida cotidiana.

Es igualmente reseñable en estas novelas de enfoque existencial el empleo del monólogo interior como recurso en el que personaje toma la palabra y expone sus sentimientos de una manera ordenada y lógica.

Entre estas novelas destacamos *La familia de Pascual Duarte* de Camilo José Cela, *Nada* de Carmen Laforet y *La sombra del ciprés es alargada* de Miguel Delibes.

La familia de Pascual Duarte produjo un gran impacto en la España de posguerra: su protagonista era un antihéroe, un hombre sin ideales, en las antípodas de los protagonistas de las novelas triunfalistas; su prosa llana representaba la antítesis a la retórica grandilocuente de las novelas triunfalistas. La novela también inauguró el *tremendismo*: es la confesión de los crímenes de un asesino rural, antes de ser ejecutado, en la que se muestran los detalles más escabrosos y sórdidos de sus acciones. Bajo la narración de sus crímenes se vislumbra la remota humanidad del personaje, su radical desvalimiento.

En la novela se advierten claras influencias de la novela picaresca, las novelas naturalistas y las obras de ambiente rural y primitivo de Valle-Inclán.

Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte. Hay hombres a quienes se les ordena marchar por el camino de las flores, y hombres a quienes se les manda tirar por el camino de los cardos y las chumberas. Aquéllos gozan de un mirar sereno y al aroma de su felicidad sonríen con la cara del inocente; estos otros sufren del sol violento de la llanura y arrugan el ceño como las alimañas por defenderse. Hay mucha diferencia entre adornarse las carnes con arrebol y colonia, y hacerlo con tatuajes que después nadie ha de borrar ya.

Nací hace ya muchos años -lo menos cincuenta y cinco- en un pueblo perdido por la provincia de Badajoz; el pueblo estaba a unas dos leguas de Almendralejo, agachado sobre una carretera lisa y larga como un día sin pan, lisa y larga como los días -de una lisura y una largura como usted para su bien, no puede ni figurarse- de un condenado a muerte.

Camilo José Cela, *La familia de Pascual Duarte*

Nada, ganadora del primer Premio Nadal, está protagonizada por Andrea, una joven universitaria que sigue un curso universitario en Barcelona. La trama recoge hechos cotidianos de su vida, inmersa en la incomunicación y el desencanto. La protagonista intentará escapar del clima asfixiante de la casa donde vive.

Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado, y no me esperaba nadie.

Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. La sangre, después del viaje largo y cansado, me empezaba a circular en las piernas entumecidas y con una sonrisa de asombro miraba la gran Estación de Francia y los grupos que estaban esperando el expreso y los que llegábamos con tres horas de retraso.

El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes, tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis sueños por desconocida.

Empecé a seguir -una gota entre la corriente- el rumbo de la masa humana que, cargada de maletas, se volcaba en la salida. Mi equipaje era un maletón muy pesado -porque estaba casi lleno de libros- y lo llevaba yo misma con toda la fuerza de mi juventud y de mi ansiosa expectación.

Uno de esos viejos coches de caballos que han vuelto a surgir después de la guerra se detuvo delante de mí y lo tomé sin titubear, causando la envidia de un señor que se lanzaba detrás de él desesperado, agitando el sombrero.

Corrí aquella noche, en el desvencijado vehículo, por anchas calles vacías y atravesé el corazón de la ciudad lleno de luz a toda hora, como yo quería que estuviese, en un viaje que me pareció corto y que para mí se cargaba de belleza.

El coche dio la vuelta a la plaza de la Universidad y recuerdo que el bello edificio me conmovió con un grave saludo de bienvenida.

Enfilamos la calle Aribau, donde vivían mis parientes, con sus plátanos llenos aquel octubre de espeso verdor y su silencio vívido de mil almas detrás de los balcones apagados. Las ruedas del coche levantaban una estela de ruido, que repercutía en mi cerebro. De improviso sentí crujir y balancearse todo el armatoste. Luego quedó inmóvil.

-Aquí es- dijo el cochero.

Levanté la cabeza hacia la casa frente a la cual estábamos. Filas de balcones se sucedían iguales con su hierro oscuro, guardando el secreto de las viviendas. Los miré y no pude adivinar cuáles serían aquellos a los que en adelante yo me asomaría. Con la mano un poco temblorosa di unas monedas al vigilante, y cuando él cerró el portal detrás de mí, con un gran temblor de hierros y cristales, comencé a subir muy despacio la escalera, cargada con mi maleta.

Todo empezaba a ser extraño en mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo.

Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar a aquellas personas desconocidas que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie contestó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblona:

“¡Ya va! ¡Ya va!”

Unos pies arrastrándose y unas manos torpes recorrieron cerrojos.

Luego, me pareció todo una pesadilla.

Carmen Laforet, *Nada*

La sombra del ciprés es alargada, ganadora también del Premio Nadal (1947), es una novela presidida por el pesimismo, la desesperanza y por las sucesivas muertes de los familiares, amigos y la novia del protagonista.

Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer.

No dudo de que, aparte otras varias circunstancias, fue el clima pausado y retraído de esta ciudad el que determinó, en gran parte, la formación de mi carácter.

De mi primera niñez bien poco recuerdo. Casi puede decirse que comencé a vivir, a los diez años, en casa de don Mateo Lesmes, mi profesor. Me acuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo, del día que mi tutor me presentó él...

Se iniciaba ya el otoño. Los árboles de la ciudad comenzaban a acusar la ofensiva de la estación. Por las calles había hojas amarillas que el viento, a ratos, levantaba del suelo haciéndolas girar en confusos remolinos. Hicimos el camino en la última carretela descubierta que quedaba en la ciudad. Tengo impresos en mi cerebro los menores detalles de aquella mi primera experiencia viajera. Los cascotes martilleaban las piedras de la calzada rítmicamente, en tanto las ruedas, rígidas y sin ballestas, hacían saltar y crujir el coche con gran desesperación de mi tío y extraordinario regocijo por mi parte.

Ignoro las calles que recorrimos hasta llegar a la placita silente donde habitaba don Mateo. Era una plaza rectangular con una meseta en el centro, a la que se llegaba merced al auxilio de tres escalones de piedra. En la meseta crecían unos árboles gigantescos que cobijaban bajo sí una fuente de agua cristalina, llena de rumores y ecos extraños.

Del otro lado de la plaza, cerraba sus confines una mansión añosa e imponente, donde un extraño relieve, protegido en una hornacina, hablaba de hombres y tiempos remotos; hombres y tiemposidos, pero cuya historia perduraba amarrada a aquellas piedras milenarias.

Cuando descendimos del coche experimenté una sincera vocación de ser auriga.

Tenía el cochero un aspecto imponente encaramado en su sitial delantero, con los pies cubiertos por una media bota acharolada y unas polainas blancas protegiéndole sus piernas delgadas y sin forma. Pero mi tío, que no debía de sentir hacia él el mismo respeto que yo, le despidió tan pronto pusimos nuestras humanidades en tierra.

Antes de nada -me dijo mi tío al verse a solas conmigo-, para cuando lo necesites, sabe que tu padre se llamó Jaime y tu madre María. -(En toda mi vida tuve otra idea de mis padres. En adelante, siempre que sus nombres debían figurar en algún documento, lo hice constar así, añadiendo, entre paréntesis, «fallecido», aun cuando, en realidad, nadie me hubiera asegurado tal desenlace.) Acto seguido mi tío desvió sus consejos hacia otro lado -: Estate formal; procura causar a este hombre una buena impresión; no enredes ni te hurgues en las narices. En fin, pórtate como un caballero.

Miguel Delibes, *La sombra del ciprés es alargada*

3. EL REALISMO SOCIAL EN ALGUNAS NOVELAS DE LOS AÑOS 50: TEMAS. TÉCNICAS Y ESTILO. TÍTULOS EMBLEMÁTICOS (*LA COLMENA*, DE CELA; *EL JARAMA*, DE SÁNCHEZ FERLOSIO).

Durante los años cincuenta se constata el fracaso de la autarquía y se inicia una ligera apertura hacia el exterior (los acuerdos con Estados Unidos de 1953 o el ingreso en la O.N.U. en 1955). Ello traerá las primeras protestas contra el régimen o la posibilidad de leer autores extranjeros y conocer nuevas formas de novelar. Fruto de ello nace una nueva forma de hacer novela, la **novela social**, que reproduce fielmente la realidad que quiere retratar (es realista) y busca de manera más o menos explícita una intención social (denuncia la desigualdad, la miseria, el atraso o la falta de libertades). Esta es la tendencia dominante de toda esta década según Gonzalo Sobejano.

Dos obras son consideradas precursoras de esta nueva corriente: *La colmena* (1951) de Camilo José Cela, ambientada en el Madrid de posguerra y *La noria* (1951) de Luis Romero que es un reflejo realista de la sociedad de la Barcelona de los años cuarenta.

La colmena de Cela es una novela de protagonista colectivo: por ella transitan más de trescientos personajes cuyas peripecias se van desgranando en múltiples secuencias a través de la técnica caleidoscópica. Las acciones que se narran transcurren en poco más de dos días y se centran en los espacios de relación social de la época (café, casas de vecindad, casas de citas, la calle,...). La obra ofrece un panorama colectivo de la vida del Madrid de la posguerra, entre la resignación y la desesperanza, e ilustra la visión pesimista de Cela ante la vida y ante el hombre.

Martín está tembloroso como una vara verde.

–No llevo documentos, me los he dejado en casa. Yo soy escritor, yo me llamo Martín Marco.

A Martín le da la tos. Después se ríe.

– ¡Je, je! Usted perdona, es que estoy algo acatarrado, eso es, algo acatarrado, ¡je, je!

A Martín le extraña que el policía no lo reconozca.

–Colaboro en la prensa del Movimiento, pueden ustedes preguntar en la vicesecretaría ahí en Génova. [...]

El policía chupa de su cigarrillo.

–Ande, siga. Váyase a dormir, que hace frío.

–Gracias, gracias.

–No hay de qué. Oiga.

Martín creyó morir.

–Qué.

–Y que no se le quite la inspiración.

–Gracias, gracias. Adiós.

Martín aprieta el paso y no vuelve la cabeza, no se atreve. Lleva dentro del cuerpo un miedo espantoso que no se explica.

Camilo José Cela, *La colmena*

1954 es considerado el «año inaugural» de esta nueva tendencia realista atenta a los condicionantes socio-históricos del individuo. En este año publican sus novelas Ignacio Aldecoa (*El fulgor y la sangre*), Jesús Fernández Santos (*Los bravos*) y Juan Goytisolo (*Juegos de manos*). A estas novelas hay que añadir *El Jarama* (1956) de Rafael Sánchez Ferlosio y *Entre visillos* (1957) de Carmen Martín Gaité.

Estos autores llegan en la década de los cincuenta a la edad adulta: habían sido los niños que no habían participado en la guerra civil. En general provienen de familias «vencedoras», son plenamente conscientes de la situación en la que viven y son más solidarios con los problemas de sus contemporáneos que los autores de la década anterior.

Los novelistas sociales comparten las influencias recibidas de otros escritores y las mismas preocupaciones temáticas y formales. Muestran admiración por Galdós, Clarín, Baroja y Sender pero también han leído las novelas del «neorrealismo» italiano, de la «generación perdida» de Estados Unidos y del «nouveau roman» francés. Además reciben la influencia teórica de los pensadores marxistas (Lukács principalmente) y de los escritores existencialistas (Jean Paul Sartre o Albert Camus).

Los temas más recurrentes de estas novelas son la infructuosidad de los esfuerzos del pueblo y la soledad social. La **problemática social del momento** en toda su amplitud se recoge en estas novelas: las duras condiciones de la vida en el campo, el atraso económico y cultural de España, la emigración que llega a las ciudades, la miseria y la marginación de los suburbios, la vida insustancial de la burguesía,...

En estas obras se presenta un **protagonista colectivo o múltiple** que encarna los problemas que trata de presentar (sufrimiento, soledad social,...). La ausencia de un protagonista concreto trae consigo también la ausencia de valores individualistas. En general son personajes que se nos presentan como seres pacientes, pasivos, que se limitan a estar y no porque no conozcan una meta, sino porque padecen el sufrimiento y el aislamiento social.

En la presentación de los problemas sociales los autores buscan normalmente la **condensación espacial y temporal**. Se circunscriben a un solo lugar (un pueblo o un barrio o una ciudad, en diferentes localizaciones) y a un tiempo novelesco breve (uno o pocos días). El tiempo limitado y la variedad de localizaciones provocan que existan múltiples acciones protagonizadas por diferentes personajes y que transcurran simultáneamente. El autor deberá presentar las diferentes acciones de modo casi cinematográfico, acumulando sucesivas secuencias narrativas que se separan unas de otras y que siempre siguen un orden lineal o cronológico.

Para presentar estas acciones, personajes y marcos escénicos los novelistas emplearán dos tipos de *enfoques* distintos: el objetivismo y el realismo crítico. El **realismo crítico** pretende realizar en la novela una denuncia social explícita de todo aquello que narra, con interpretaciones y valoraciones del autor. Por contra, el **objetivismo** se presenta sin ninguna aparente intervención del autor.

El objetivismo consiste, en palabras de José María Castellet, «*en narrar las historias novelescas con la misma imparcialidad que lo haría una cámara cinematográfica, esto es, reproduciendo fielmente, sin añadir o intentar análisis alguno, lo que es pura exteriorización de una conducta humana en un espacio determinado y en una situación dada*». Este enfoque introduce una serie de innovaciones técnicas y formales en la novela.

- El objetivismo determina la total y absoluta desaparición del autor frente al autor decimonónico omnisciente. Para ello se adopta una perspectiva de cámara cinematográfica: relato en tercera persona, eliminación de transiciones narrativas y preponderancia de los valores visuales.
- El objetivismo conlleva un nuevo modo de presentar a los personajes que se manifiestan sólo exteriormente con sus reacciones, gestos y palabras, a través de las cuales conoceremos su carácter, procedencia y su pasado. Esto supondrá que se transcriban fielmente los diálogos («magnetofonismo») y se rechace la introspección como forma de conocimiento de los personajes. La influencia de la teoría psicológica del behaviorismo es patente pues señala que el conocimiento de las personas se obtiene únicamente por medio de sus reacciones externas frente a los distintos estímulos.
- El «autor-cámara» percibe el ambiente sólo en sus características externas. Se descartan las prolijas descripciones de las novelas de los autores novecentistas que asociaban a un paisaje su sensibilidad poética, su imaginación o alusiones culturalistas. Se rechaza igualmente todo impresionismo subjetivista. Se prefieren las descripciones «desnudas», nada prolijas, que sólo reflejan lo indispensable, sin ningún tipo de divagación.
- El objetivismo adopta el estilo característico de la crónica, desnudo y directo, de gran sencillez y solidez.

Los principales autores objetivistas o próximos al objetivismo son Rafael Sánchez Ferlosio, Juan García Hortelano, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos y Carmen Martín Gaité. Entre los novelistas del realismo crítico destacamos a Armando López Salinas, Jesús López Pacheco, José Manuel Caballero Bonald y Juan Goytisolo.

El Jarama de Rafael Sánchez Ferlosio es la mejor plasmación de la técnica objetivista de esta década: el narrador se limita a registrar los hechos como si de una cámara cinematográfica se tratara, sin valorarlos ni comentarlos en ningún momento. La obra narra la excursión de unos jóvenes al río Jarama a través de las conversaciones que mantienen dos grupos de personas: los jóvenes excursionistas, que proceden de un barrio obrero de Madrid, y los adultos que se reúnen en un merendero próximo al río. La trivialidad de los diálogos, en los que se reproduce con absoluta fidelidad el habla coloquial de la época, y lo insustancial de los hechos narrados hacen aflorar ante el lector la falta de sueños, de aspiraciones y de ilusión de ambas generaciones.

El sol arriba se embebía en las copas de los árboles, trasluciendo el follaje multiverde. Guiñaba de ultrametálicos destellos en las rendijas de las hojas y hería diagonalmente el ámbito del soto, en saetas de polvo encendido, que tocaban el suelo y entrelucían en la sombra, como escamas de luz. Moteaba de redondos lunares, monedas de oro, las espaldas de Alicia y de Mely, la camisa de Miguel y andaba rebrillando por el centro del corro en los vidrios, los cubiertos de alpaca, el aluminio de las tarteras, la cacerola roja, la jarra de sangría, todo allí encima de blancas, cuadráculas servilletas, extendidas sobre el polvo.[...]

- ¡Bueno, hombre!, ¿qué os pasa ahora? ¿Me la vais a quitar? - Echaba el brazo por los hombros de Carmen y la apretaba contra su costado, afectando codicia, mientras con la otra mano cogía un tenedor y amenazaba, sonriendo:

- ¡El que se arrime...!

- Sí, sí, mucho teatro ahora -dijo Sebas-; luego la das cada plantón, que le desgasta los vivos a las esquinas, la pobre muchacha, esperando.

- ¡Si será infundios! Eso es incierto.

- Pues que lo diga ella misma, a ver si no.

- ¡Te tiro...! -amagaba Santos levantando en la mano una lata de sardinas.

- ¡Menos!

- Chss, chss, a ver eso un segundo... -cortó Miguel-. Esa latita.

- ¿Esta?

- Sí, esa; ¡verás tú...!

- Ahí te va.

Santos lanzó la lata y Miguel la blocó en el aire y la miraba:

- ¡Pero no me mates! -exclamó-. Lo que me suponía. ¡Sardinas! ¡Tiene sardinas el tío y se calla como un zorro! ¡No te creas que no tiene delito! -miraba cabeceando hacia los lados.

- ¡Sardinas tiene! -dijo Fernando-. ¡Qué tío ladrón! ¡Para qué las guardabas? ¿Para postre?

Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*

Otras novelas objetivistas notables son: ***Nuevas amistades*** y ***Tormenta de verano*** de García Hortelano, que tratan respectivamente sobre la vida abúlica de la juventud universitaria y sobre la indolencia y rutina de unos burgueses que veranean en una playa; ***El fulgor y la sangre*** de Aldecoa sobre un crimen rural, la muerte de un guardia civil; ***Los bravos*** de Fernández Santos sobre la vida de un pequeño pueblo en el que reina el caciquismo, la incultura y la violencia; y ***Entre visillos*** de Carmen Martín Gaité que es un retrato de la vida provinciana sin horizontes de unas jovencitas cuya única perspectiva es el matrimonio o la soltería.

Entre las novelas más significativas del realismo crítico destacamos ***Dos días de septiembre*** de Caballero Bonald, sobre la dureza de la vida en el campo andaluz y los conflictos entre campesinos y terratenientes, y ***La mina*** de Armando López Salinas y ***Central eléctrica*** de Jesús López Pacheco en las que se denuncia la explotación laboral y las durísimas condiciones de vida de los trabajadores.

Al margen de estas novelas sociales se publicaron en estos años novelas de otras características: ***Industrias y andanzas de Alfanhuí*** de Rafael Sánchez Ferlosio, novela repleta de imaginación, fantasía y lirismo; la trilogía de ***Los gozos y las sombras*** de Torrente Ballester, retrato realista de la sociedad gallega de antes de la guerra; ***El vengador*** de José Luis Castillo Puche, novela existencial; o ***Las crónicas del sochantre*** de Álvaro Cunqueiro, novela fantástica.

4. LA RENOVACIÓN DE LA NOVELA EN LOS AÑOS SESENTA: PROCEDIMIENTOS NARRATIVOS. ALGUNOS NOMBRES: LUIS MARTÍN-SANTOS Y *TIEMPO DE SILENCIO*. JUAN MARSÉ. JUAN GOYTISOLO.

El agotamiento de la estética realista es patente en los primeros años de los sesenta: se considera que esta literatura es ineficaz en lo político, que presenta la realidad de una forma maniquea y que se ha empobrecido estilísticamente. Los novelistas van a centrarse ahora en la renovación formal y en la experimentación técnica y estilística. A esta renovación contribuye el mejor conocimiento de los grandes novelistas del siglo XX (Marcel Proust, Franz Kafka, James Joyce, William Faulkner,...), la influencia de los novelistas hispanoamericanos del «boom» (Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, José Lezama Lima, Juan Rulfo, Alejo Carpentier,...) y el conocimiento de los estudios formalistas y estructuralistas sobre la novela.

Serán protagonistas de esta renovación en España novelistas de diferentes generaciones: Cela, Torrente-Ballester y Delibes; Juan Goytisolo, Juan Marsé y Juan Benet; Luis Martín-Santos y José María Guelbenzu. La novela que inaugura una nueva forma de entender el género es *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos, obra que supone una ruptura total con la novela social.

Las novelas de los años sesenta se orientan, según Gonzalo Sobejano, «hacia el conocimiento de la persona mediante la exploración de la estructura de su conciencia y de la estructura de todo su contexto social». Esto va a traducirse en **cambios sustanciales en todos los elementos compositivos de la novela**: en el plano de la historia (acción, personajes y marco escénico) y en el plano de del relato (narrador, estructura y lengua).



- *En cuanto a la presentación de la acción novelesca:*
 - Se rechaza la importancia del argumento, como en el «nouveau roman».
 - Se hace un tratamiento no realista de la acción: se da cabida a la imaginación, lo onírico, lo alucinante, lo simbólico, lo mítico,...
 - En ocasiones se buscan argumentos de subgéneros novelísticos marginales: novela negra, folletín, picaresca...
- *En el tratamiento de los personajes:*
 - Se supera el protagonista colectivo.
 - Se presenta a un protagonista individual en conflicto con su entorno y consigo mismo.
 - Se rechaza la primacía de los personajes en la novela tal y como hace el “nouveau roman”.
- *En la descripción del marco escénico (espacio y tiempo):*
 - El espacio es amplio, integrador, panorámico; comprende todas las clases sociales y todas las relaciones individuo/sociedad examinadas exhaustivamente.
 - El tiempo novelesco es amplio. Se recogen varios momentos de una época, se reviven acontecimientos muy alejados en la historia para definir por analogía el presente problemático de los personajes.
 - Se abandona la condensación espacio-temporal de la novela social.
- *En el tratamiento del narrador:*
 - Se rechaza la omnisciencia.
 - Se emplea el punto de vista múltiple, esto es, la presentación de un mismo hecho desde distintas versiones, como había hecho Faulkner.
 - Se utilizan las diferentes personas gramaticales: primera, segunda o tercera.
 - Se abandona el objetivismo. Se incluyen digresiones discursivas del autor (comentarios, disertaciones ideológicas,...) propias de géneros como el ensayo.
- *En la disposición de la estructura de la novela y el tiempo del discurso:*
 - Se prefiere el discurso o relato ininterrumpido, sin estructuración en capítulos.
 - Se emplea el contrapunto o la estructura caleidoscópica que va combinando y alternando diversas historias.
 - Se evita el relato lineal. El tratamiento del tiempo del discurso es muy complejo: elipsis violentas, anticipaciones, retrospectivas,...
- *En el modo o forma de presentar lingüísticamente la historia:*
 - Se da menos importancia a los diálogos.
 - Se utiliza el estilo indirecto libre con el que se nos presenta cómo brotan los pensamientos en la mente del personaje.
 - Se usan el monólogo interior y el flujo de conciencia como lo habían empleado Joyce o Faulkner.

- Se renueva el lenguaje completamente. Aparece el lenguaje poético en la novela, se producen violentas rupturas sintácticas, se incluyen “collages”, caligramas y artificios tipográficos,...
- Aparecen continuas referencias intertextuales. Las novelas se nutren de alusiones y citas de obras literarias muy variadas.

Esta novela de corte experimental se enriquecerá poderosamente en lo formal, reforzará el carácter flexible del género novelístico y rechazará la figura del lector-pasivo.

Las novelas experimentales más destacadas de estos años son obra de Martín Santos, Marsé, Delibes, Benet, Cela, Juan Goytisolo y Torrente Ballester.

- **Tiempo de silencio** (1961) de Luis Martín Santos es la obra que marca la ruptura con la novela social. Pedro, el protagonista, un médico que se dedica a la investigación del cáncer, es detenido a causa de un aborto clandestino en el que se ha visto involucrado. Aunque se demuestra su inocencia pierde su trabajo y decide romper con todo lo que le rodea. La obra va desvelando, a través de la ironía y el distanciamiento, las miserias de todos los círculos en los que se desenvuelve el protagonista: los intelectuales, la clase alta, la pequeña burguesía, los marginados,...
- **Últimas tardes con Teresa** (1966) de Juan Marsé cuenta la historia amorosa de una niña bien, rebelde e ingenua, y el Pijoaparte, un charnego barriobajero, ladrón de motos y desarraigado. La novela es una sátira de la burguesía progresista y de los estudiantes comprometidos de esos años realizada con un enfoque irónico y paródico que nada tiene que ver con la novela social. **Si te dicen que caí** (1973) de Marsé también es otra vez una sátira de la España franquista. Está ambientada en el barrio del Guinardó en el que unos críos de la calle van inventando sus “aventis” creando una realidad alucinante y fantástica en el sórdido entorno en el que viven.
- **Cinco horas con Mario** (1966) de Miguel Delibes reproduce el monólogo de Carmen mientras vela el cuerpo de su esposo, Mario. En la novela se enfrentan dos ideologías: la visión conservadora y convencional de la esposa, que se manifiesta frívola e inconsistente, y la visión liberal e idealista de Mario, que aporta nuevos aires a la España de su tiempo.
- **Volverás a Región** (1967) de Juan Benet crea, al igual que Faulkner o García Márquez, un espacio mágico, Región, lleno de significado simbólico y marcado por un trágico pasado, la Guerra Civil.

- **San Camilo 1936** (1969) y **Oficio de tinieblas 5** (1972) son dos novelas experimentales de Cela con gran variedad de recursos técnicos y estilísticos. Algunas constantes temáticas de Cela vuelven a aparecer en estas complejas novelas: el tema del sexo, la violencia, el pesimismo,...
- **Señas de identidad** (1966), **Reivindicación del Conde don Julián** (1970) y **Juan sin Tierra** (1975) de Juan Goytisolo son tres novelas en las que el autor se sumerge en la conciencia del protagonista quien, al buscar su identidad, sondea desde ella el ser de España. El resultado de esta trilogía es la ruptura del personaje con su país y con la civilización occidental en general.
- **La saga/fuga de J.B.** (1972) de Gonzalo Torrente-Ballester es al mismo tiempo muestra de todos los nuevos procedimientos novelísticos y parodia de todas las innovaciones narrativas de la novela experimental. Esta obra anuncia ya el final de esta forma experimentalista de escribir novelas.

5.- LA NOVELA DESDE 1975 HASTA FIN DE SIGLO (Y NUESTROS DÍAS)

Coincidiendo con la muerte de Franco y el fin de la Dictadura, los autores buscan nuevos caminos expresivos. Se agota como hemos visto el experimentalismo, se renuncia igualmente a una literatura con intenciones políticas o ideológicas y se retoman patrones narrativos más clásicos: el interés por el argumento, el desarrollo lineal de la historia y la voz única del narrador. **Se recupera el gusto por narrar**, por contar historias.

A partir de este momento la variedad de corrientes y la multiplicidad de escritores son características del panorama novelístico. A pesar de esta diversidad pueden apuntarse como notas comunes a muchos autores el predominio de los personajes antiheroicos, el empleo de un estilo cuidado y la aparición de frecuentes notas de humor.

Las novelas, publicadas en 1975, que inauguran esta nueva época son **La verdad sobre el caso Savolta** de Eduardo Mendoza, **Mortal y rosa** de Francisco Umbral y **Cerberos son las sombras** de Juan José Millás. Convivirán durante estos años novelistas de las diferentes promociones y generaciones de posguerra y los que empiezan a publicar a partir de 1975.

Existen múltiples formas de entender la novela durante el último cuarto del siglo XX y los primeros años del XXI. Destacan éstas:

- Metanovela. Narra una historia y el proceso seguido para la redacción o composición de la misma. Se trata de hacer una novela sobre cómo se

escribe una novela (*La orilla oscura* de José María Merino, o *El cuarto de atrás* de Carmen Martín Gaité).

- Novela lírica y novela de reflexión íntima. Los valores esenciales son la búsqueda de la perfección formal y la reflexión sobre la propia existencia (*Mortal y rosa* de Francisco Umbral, *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares o *La fuente de la edad* de Luis Mateo Díez).
- Novela autobiográfica. Muchas de estas novelas se han ocupado de los años del franquismo y de la lucha contra la dictadura (*El río de la luna* de José María Guelbenzu) y también del desengaño por la transición política (*Los dioses de sí mismos* de Juan José Armas Marcelo).
- Autoficción. Es una novela en la que el autor hace protagonista a alguien con su misma identidad, lo que le sirve para entremezclar realidad e imaginación. Algunas de las novelas de Javier Marías (*Todas las almas*), de Enrique Vila-Matas (*El mal de Montano*) o de Javier Cercas (*La velocidad de la luz*) pertenecen a este género híbrido de autobiografía y ficción.
- Novela histórica. Está ambientada en cualquier época y escrita con un lenguaje cuidado. Ejemplos de este tipo de novela son: *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán o *El hereje* de Miguel Delibes.
- Novela psicológica. Caracterizan esta novela la introspección y un estilo muy cuidado: *Ciegas esperanzas* de Alejandro Gándara o *El expediente del naufrago* de Luis Mateo Díez.
- Novela de intriga y policíaca. Este subgénero ha resurgido en los últimos años con mucha fuerza. La serie *Carvalho* de Manuel Vázquez Montalbán, *La tabla de Flandes* de Arturo Pérez Reverte, *El invierno en Lisboa* de Antonio Muñoz Molina son ejemplos de la vitalidad del género.
- Novela culturalista. Se ocupa de analizar y explicar diferentes aspectos de la cultura occidental desde una óptica erudita. Esto intenta Juan Manuel de Prada con *Las máscaras del héroe* o *La tempestad*.
- Novelas de la generación X. Es una novela que trata los problemas de la juventud urbana con una estética muy cercana a la contracultura (*Historias del Kronen* de José Ángel Mañas, Ray Loriga con *Héroes* o Lucía Etxebarria en *Amor, curiosidad, prozac y dudas*).

Hoy la novela se ha convertido en un objeto privilegiado de consumo literario: se publican anualmente cientos de novelas por parte de una potente industria editorial; las novelas, de gran diversidad, van dirigidas a un numeroso público, muy heterogéneo. La industria editorial se ha desarrollado notablemente para satisfacer este consumo y también para crearlo: proliferación de premios literarios, ferias de libros,... Se vive un momento de esplendor editorial aunque quizás falten títulos que marquen un nivel literario sobresaliente.